

SAN JUAN DE LA CRUZ: UNA LUZ EN LA NOCHE

JAIME COLOMINA TORNER

Numerario

I. Juan de la Cruz fue un poeta; pero de muy alta calidad estética.

Y fue un santo; un santo de muy hondas connotaciones místicas.

Y fue también un hidalgo: un espíritu noble dentro de su pobreza hasta harapienta.

El poeta es siempre intuitivo. Penetra en la realidad de golpe, iluminándola por dentro, como el rayo láser, en vez de horadarla fatigosamente con el raciocinio o socavarla lentamente con el goteo de la meditación.

El poeta santo, por su parte, aprehende no sólo la realidad humana sino también la divina: lo divino que hay en lo humano. Y el santo poeta de alma hidalga asume este oficio de aprehender y esclarecer la realidad, de ser luz en la noche, con alteza y nobleza singular.

Intentaremos asomarnos, en los breves minutos de que disponemos, a los infinitos horizontes de esta alma única, verdadero paradigma de nuestro Siglo de Oro.

Mas digamos antes que S. Juan de la Cruz tuvo múltiples raíces ideológicas. Bebió en aguas cristalinas. Por supuesto, en la Escritura, que conocía muy bien; también en los Padres de la Iglesia, especialmente San Agustín; y en importantes autores medievales: San Bernardo, con su *Comentario al Cantar de los Cantares*, Hugo de S. Víctor, Tomás de Kempis, Ruysbroeck, Susón, Tauler, Dionisio el Cartujano, Gerson, y los españoles franciscanos Francisco de Osuna (+ 1540), que con su *Tercer Abecedario* influyó parcialmente en el espíritu de Teresa de Jesús y del mismo San Juan, y Bernardino de Laredo (+ 1540) que con su *Subida al Monte Sión* preludiaba la *Subida al Monte Carmelo*.

Peró hubo otros influjos contemporáneos ya del área toleda-

na y manchega. Seis años antes de nacer Fray Juan moría el primer poeta lírico español del Siglo de Oro, el toledano Garcilaso de la Vega. ¿Cómo no descubrir algún eco de su bello decir en sus églogas y canciones en el bello decir de San Juan en sus pinceladas poéticas?

El mismo año que San Juan moría el gran agustino manchego de Belmonte Fray Luis de León. ¿Acaso sus incomparables odas, dichas en su rítmica lira, no inspiraron la rítmica lira del Santo de Fontiveros en su *Noche oscura*, en su *Cántico espiritual* y en la *Llama de amor viva*?

Influjo no sólo formal y literario sino tal vez temático: cuando se lee el *Cantar de los Cantares* de Fray Luis, escrito para una monja, con casta y poética crudeza -valga la paradoja-, se recuerda enseguida el otro sublime comentario al mismo Libro bíblico en el *Cántico Espiritual*, escrito también para monjas.

En 1510 muere el abad de Montserrat García Jiménez de Cisneros, primo del cardenal arzobispo de Toledo Francisco Jiménez de Cisneros. Este abad benedictino había escrito un *Ejercitatorio de la vida espiritual* que impacta a otro gran contemporáneo, San Ignacio de Loyola (+ 1591), autor de los famosos *Ejercicios Espirituales*. En su libro el abad montserratino explaya las tres grandes etapas del camino espiritual: la purgativa, la iluminativa y la unitiva. Son las mismas que San Juan convierte en teología y poesía en su *Cántico Espiritual*.

El benedictino incluso tiene un bello pensamiento que casi plagia, sin duda involuntariamente, el carmelita. "Más aprovecha a la Iglesia la oración de un contemplativo que doscientas de los que tienen vida activa" (*Ejercitatorio*, c. 41); lo que dicho por San Juan queda así: "Es más precioso delante de Él y del alma un poquito de este puro amor (contemplativo) y más provecho hace a la Iglesia, aunque parece que no hace nada, que todas esas otras obras juntas" (Anot. a la c. 29 del C.E.)

Pues bien, este abad Jiménez de Cisneros había nacido en Toledo el 1455.

La espiritualidad sanjuanista, tan recia, transída de abnegación y renuncia, parece distar del suave "caminito espiritual", que su hermana de hábito Teresita del Niño Jesús vivirá y popularizará tres siglos más tarde. Sin embargo, ni esa "infancia del espíritu" es tan suave como aparenta, ni el avanzar a través de la "noche oscura", por las nadas al Todo, es tan amargo como pueda creerse. Más aun, ese trabajo interior de ir vaciándonos de todo lo que el yo ama para

llenarnos sólo del Amado no es más que realizar plenamente la infantil y amorosa entrega al Esposo y Padre amado. Es vaciar de bagatelas la estancia, henchiéndola a la vez de purísimo Oro.

Pues bien, otro franciscano vinculado a Toledo, pues en nuestra Universidad se doctoró y aquí murió, ya octogenario, en 1578, Miguel de Medina, es remoto precursor de esta espiritualidad de la sencillez, de la humildad, de la "infancia espiritual", en las tres obras que de él se conservan.

¿Y cómo olvidar a otro ilustre toledano, muerto también en este infausto 1591, el agustino de Oropesa beato Alonso de Orozco? Se ha dicho de él que, fuera de Santa Teresa y San Juan de la Cruz quizá nadie ha escrito de la oración mejor que él mismo. Y como influyó, sin duda, en Fray Luis de León con su *Nueve nombres de Cristo*, pudo influir en el Doctor místico con su *Monte de contemplación*.

Por último cuando Fray Juan entra con los ojos vendados en la cárcel conventual de Toledo, diciembre de 1577, y en los nueve amargos meses que allí pasó, ¿acaso el pobre prisionero no recordaría a otro gran dominico, el arzobispo toledano Bartolomé de Carranza? quien después de 17 años de injusta prisión en el castillo de Sant'Angelo, puesto en libertad, había muerto año y medio antes, el 2 de mayo de 1576, entre el dolor y lágrimas de la multitud, que le veneraba como santo. Tan sólo pudo gozar de la libertad 18 días. ¿No influiría el temple heroico de este Arzobispo de Toledo, víctima de la injusticia, en el temple espiritual del fraile carmelita, sufridor de otra?

II. La noche y la luz en San Juan de la Cruz.

"Que bien sé yo la fonte que mana y corre,
aunque es de noche.

Aquella eterna fonte está ascondida,
qué bien sé yo do tiene su manida,
aunque es de noche..."

Pero ¿qué es la noche? ¿Y cómo es posible, en la noche, hallar la fonte que mana y corre?

Porque es "noche oscura".

"A oscuras y segura
por la secreta escala disfrazada,
¡oh dichosa ventura!
a oscuras y en celada,
estando ya mi casa sosegada".

Explica San Juan: "Llamamos aquí *Noche* a la privación del gusto en el apetito de todas las cosas"... "Se puede decir la mortificación del apetito *Noche* para el alma, porque privándose el alma del gusto del apetito en todas las cosas, mortificando su apetito en ellas, podremos decir que está como de noche, a oscuras"... "Llamamos esta desnudez *Noche* para el alma, porque no tratamos aquí del carecer de las cosas; porque eso no desnuda el alma, si tiene apetito de ellas; sino (tratamos) de la desnudez del gusto y apetito de ellas, que es lo que deja el alma libre y vacía de ellas, aunque las tenga".

Es noche interior, que puede ser del "sentido" o del "espíritu".
Y es noche feliz.

"En la noche dichosa,
en secreto, que nadie me veía,
ni yo miraba cosa,
sin otra luz y guía
sino la que en el corazón ardía.

Aquesta me guiaba,
más cierto que la luz del mediodía,
adonde me esperaba
quién yo bien me sabía
en parte donde nadie parecía"...

No es noche triste la del alma que se adentra en la oscuridad de los gustos sensibles, en la negación de los propios apetitos y caprichos, porque la ilumina una luz oscura -valga la paradoja- que es "más cierta que la luz del mediodía".

Es la Fe, que, como explica San Juan, "es un hábito del alma cierto y oscuro". "Y la razón de ser hábito oscuro es porque hace creer verdades reveladas por el mismo Dios, las cuales son sobre toda luz natural, y exceden a todo humano entendimiento, sin alguna proporción. De aquí es que para el alma esta excesiva luz que se le

da de fe le es oscura tiniebla”.

La Fe es luz. Y, como la luz material nos hace ver las cosas, pero, en sí misma, es invisible -nadie jamás ha visto la luz-, así también la Fe nos contacta con Dios, pero sin hacerse sentir. Ella es el único medio proporcionado para llegar a la Realidad divina. Sí, la Fe -luz oscura- y no la luz de nuestra razón.

Por eso nos dice el Santo que el alma, ya oscurecida, abnegada, en la parte *sensitiva*, “se ha de cegar y oscurecer también según la parte *racional*”... “Y, si en esto no se ciega, quedándose a oscuras totalmente, no viene a lo que es más, que es lo que enseña la Fe. El ciego, si no es bien ciego, no se deja bien guiar del mozo de ciego, sino que, por un poco que ve, piensa que por cualquiera parte que ve, por allí es mejor ir, porque no ve otras mejores... Así el alma, si estriba en algún saber suyo... fácilmente yerra o se detiene por no querer quedarse bien ciega en fe”.

Este es Juan de la Cruz, poeta excelso, pero no menos teólogo y psicólogo.

“¡Oh noche que guiaste!
 ¡oh noche amable más que la alborada!
 ¡oh noche que juntaste
 Amado con amada,
 amada en el Amado transformada!”

Pero antes de esta deiforme unión, el largo camino del *Cántico Espiritual*, con los juegos de divino amor entre el Esposo y su pequeña y enamorada criatura, el alma esposa.

Divina añoranza.

“¿A dónde te escondiste,
 Amado, y me dejaste con gemido?
 Como el ciervo huiste,
 habiéndome herido;
 salí tras Tí clamando, y eras ido.
 Pastores los que fuerdes
 allá, por las majadas, al Otero,
 si por ventura vierdes
 Aquél que yo más quiero,
 decilde que adolezco, peno y muero”.

Búsqueda afanosa.

"Buscando mis amores,
iré por esos montes y riberas,
ni cogeré las flores,
ni temere las fieras,
y pasaré los fuertes y fronteras.

¡Oh inmensa Creación! ¿Dónde está mi Señor?

"Mil gracias derramando,
pasó por estos sotos con presura,
y, yéndolos mirando,
con sola su figura,
vestidos los dejó de fermosura".

Aquí vemos a Dios por la Fe "cual en un espejo de adivinar, enigmáticamente; entonces le veremos cara a cara, tal como es" (1 Cor. 12, 13). Y sólo con la visión, la presencia y la unión se aquieta el encendido amor. Por eso dice:

"Apaga mis enojos,
pues que ninguno basta a deshacellos,
y véante mis ojos,
pues eres lumbre de ellos,
y sólo para Ti quiero tenellos.
Descubre tu presencia
y máteme tu vista y fermosura;
mira que la dolencia
de amor, que no se cura
sino con la presencia y la figura".

E interpela a la Fe, ese divino espejo donde se le vislumbra borrosamente a Él.

"¡Oh cristalina fuente,
si en esos tus semblantes plateados
formases de repente
los ojos deseados,
que tengo en mis entrañas dibujados!"

Y al fin, la fonte de agua que mana y corre.

“Gocémonos, Amado,
y vámonos a ver en tu hermosura
al monte y al collado,
do mana el agua pura:
entremos más adentro en la espesura”.

Allí: ...

“la música callada,
la soledad sonora,
la cena que recrea y enamora”.

Y allí al fin...

“Quedéme y olvidéme.
el rostro recliné sobre el Amado,
cesó todo, y dejéme.
dejando mi cuidado
entre las azucenas olvidado”.